
Tiempos de oscuridad: el rayo que no cesa Mabel

Piccini

A la memoria de mis amigos y compañeros torturados y "desaparecidos" por las dictaduras militares en Argentina y Chile durante la década de los setenta.

El derrumbe de las Torres gemelas (dicho así deliberadamente, sin marca de autoría, como si fuera un fenómeno de la naturaleza) ha producido, aparte de confusión y sufrimiento, innumerables reflexiones acerca del momento político mundial y los acontecimientos guerreros que se precipitaron en cadena con el operativo "terrorista". Pero, agregaría a lo ya escrito, ese "derrumbe" también implica el derrumbe, al menos provisorio, de parte del pensamiento ilustrado de los últimos tiempos y su caudal de ideologías esperanzadoras. Son los discursos agrupados -por facilidad o ligereza, no lo sé bien- tras la definición genérica de "posmodernismo", a los que podríamos añadir algunas fórmulas reformistas de cierto pensamiento de "izquierda" con vocación de convertirse en proyecto político de la nueva época. Un pensamiento *light* que se apresuró a deshacerse de lo que quedaba del marxismo después de la caída de los "socialismos reales" y el muro de Berlín. Comenzaron a circular en las disciplinas especializadas: sociales, políticas, antropológicas, conceptos o simplemente nociones que auguraban el advenimiento de "un mundo feliz". Según esto, estábamos ante la plena realización, ahora sí, de la democracia y aun en los casos de sociedades rezagadas, subordinadas o simplemente en la miseria, ante procesos de "transición a la democracia". El esfuerzo de la reflexión se coaguló en términos como la posthistoria, el fin de las ideologías, la apertura ilimitada de los mercados y la de los consumidores y también de los mercados de los sueños. La posmodernidad civilizada celebró -y creo que sigue celebrando- el desarrollo vertiginoso de las tecnologías audiovisuales como modernos medios de liberación y encuentro de

mundos y culturas: a través de ellas podían estallar multiplicidad de racionalidades "locales" para finalmente tomar la palabra y llegar a un encuentro que disipara el aislamiento de pueblos, movimientos sociales, individuos. La idea del pluralismo en acción, también llamada, en teoría, "democracias audiovisuales" y hasta "democracias semióticas".

Ciertamente, al menos desde el 11 de septiembre (el 11/9 como se suele designar el acontecimiento en el colmo de la abstracción) es casi imposible soslayar las otras facetas del mundo feliz, entre ellas la guerra generalizada en ascenso pronta a descubrirse a la menor ocasión o provocación. Lo que se ha puesto en juego es la idea misma de "civilización". Y también lo que se ocultaba tras de esa idea. Es difícil ignorar hoy que el siglo xx representa la culminación de la barbarie civilizada en todo tipo de crímenes contra la humanidad. Como lo es ignorar la potencial -y real- destructividad del capitalismo en épocas de la globalización: la extrema concentración de la riqueza sin precedentes en la historia y la correlativa desigualdad entre los habitantes del mundo, la producción en serie de hombres superfluos, el destierro de buena parte de la humanidad, la gradual destrucción del planeta y de sus especies naturales.

No voy a hablar de esos aspectos en este escrito. Lo mío son reflexiones fragmentarias desde los márgenes, apuntes que he ido pensando a lo largo de estos últimos años, cuando sentía que las estrategias del olvido borrarían partes enteras de la historia con fines tan destructivos como los episodios que se pretendían negar. Desde los márgenes, como digo, significa una exploración que recorre experiencias intelectuales de diferente naturaleza, las que escritores de diversa filiación y momentos históricos han propuesto como claves de inteligibilidad de procesos individuales y colectivos. Por lo tanto hablo a través de ellos. Porque, qué otra cosa es el pensamiento individual sino la herencia cultural acumulada que uno acepta como propia para transformarla si es posible o para llegar a otro punto en el trayecto que la historia que vivimos nos va sugiriendo.

El deseo y la ley. Del rito al contrato

Los órdenes cosmogónicos de los pueblos arcaicos, dicen algunos antropólogos, han tenido como función primordial recordar y actualizar cíclicamente el caos del cual emerge el orden, la anarquía que precede

fatalmente a toda ley, la violencia que funda el derecho del más fuerte. Las cosmogonías comienzan a deshacerse con el advenimiento de las concepciones occidentales acerca de una creación terminada, fija y dependiente de intenciones definidas, con medios, fines, objetivos. En este sentido podríamos decir que nuestra cultura se yergue sobre la abolición y el olvido del orden cosmogónico. En su lugar se instauran principios racionales, el Contrato y la Ley como forma de pensar los asuntos políticos de las comunidades y ciertamente una nueva ética, una nueva noción del bien y del mal.

El destierro del orden cosmogónico en el pensamiento occidental es conjurado, sin embargo, en ciertos dominios en los que los registros de la anarquía y la violencia reaparecen cíclicamente como en las culturas arcaicas. En estos casos el *rito* se sobrepone al *contrato*: es un viaje de regreso a lo *sagrado*. Este regreso a lo sagrado suele estallar, con alguna frecuencia, en los espacios de la escritura literaria y en otras manifestaciones estéticas. Es la ceguera trágica en las obras griegas e isabelinas en las que el héroe hundido en el crimen sucumbe a la propia violencia que lo trasciende, de la que es sólo un ejecutante puesto que ignora su culpa y, en esa misma medida, la ley que lo incrimina. Son los escritos de la locura: Hölderlin, Nerval, Artaud, Genet y, ciertamente las eróticas del mal: Sade, Sacher-Masoch, Bataille. Escribe Bataille:

hasta creo que el mundo (o más bien el conjunto de imágenes) de la muerte está, bajo la forma de mancha, en la raíz del erotismo. El sentimiento de pecado que en la conciencia clara se une con la idea de la muerte, se une del

mismo modo con el placer. No hay en efecto, placer humano sin una situación irregular, sin la ruptura de una prohibición...

Y Sade:

en todos los tiempos el hombre encontró placer en derramar la sangre de sus semejantes, y para satisfacerse, a veces disfracó esta pasión con el velo de la justicia y otras veces con el de la religión. Pero en la profundidad, es necesario no dudar de ello, su fin era el admirable placer que encontraba. La Divinidad (...) siempre es necesario que esta hermosa máquina se cargue con todas las iniquidades del hombre.

No es, sin embargo, el placer de los sentidos, o no lo es totalmente, lo que está en juego. El personaje, antes que nada, inventa una for

¹ Georges Bataille, *Las lágrimas de Eros*, Signos, Córdoba, Argentina, 1968, p. 54. Barthes, Sollers,

² Klossowski, *Sade, filósofo de la perversión*, Ediciones Garfio, Uruguay, 1968, p.57.

ma de trascender o de transgredir la ley y a partir de allí alcanzar el efecto sin causa del deseo. La perversión de los sentidos, en este caso, entraña la perversión de la ley. Y lo que está en juego, en última instancia, es el problema del poder. Para Sade, como sostiene Deleuze, la ley en todos los casos es un engaño; el poder no es delegado sino usurpado gracias a una abominable complicidad de esclavos y señores.'

Así como la escritura literaria, en sus expresiones más radicales, entreabre y descubre una y otra vez el infierno tan temido: el desorden de los sentidos, la perversión de la ley o la violencia constitutiva de todas las pasiones, los saberes dependientes de los sistemas de normalización prolongan, en registros con escasas variaciones, los discursos de la legalidad, el orden y los castigos correspondientes a su violación. La idea del contrato social intenta prevalecer sobre la casi imposible concertación de voluntades heterogéneas. Y si la concertación en tiempos de profundas desigualdades es una empresa de improbables resultados, sobrevive, como práctica y discurso, la "voluntad" de concertación. No son pocos, sin embargo, los pensadores que desde diferentes disciplinas han desenmascarado este fetichismo contractual y legalista. Desde la perspectiva psicoanalítica, Freud ya había descubierto la paradoja, intrínseca al sistema, por la cual la ley acrecienta la culpabilidad del que se somete a ella, incluso del más virtuoso de los hombres.' En otras páginas breves sobre la guerra, Freud lleva al extremo de la disolución la concepción pacifista de la prohibición como reguladora de los comportamientos sociales al referirse a la temprana aparición y al carácter imperativo de la prohibición de matar.

Una prohibición tan fuerte -escribe- sólo puede haber sido dirigida contra un impulso igualmente fuerte. Lo que no anhela en su alma hombre alguno, no hace falta prohibirlo, se excluye por sí solo. Precisamente lo imperativo del mandamiento "No matarás" nos da la certeza de que somos del linaje de una serie interminable de generaciones de asesinos que llevaban en la sangre el gusto de matar, como quizá lo llevamos todavía nosotros.'

³ Gilles Deleuze, *Presentación de Sacher-Masoch*, Taurus, Madrid, 1973, p.88 y ss. ' Sigmund Freud, *El malestar de la cultura*, en *Obras completas*, vol. III, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, p.49.

Sigmund Freud, "De guerra y muerte. Temas de actualidad", en *Obras Completas*, vol. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, p. 297.

Curiosamente esta parábola de Freud acerca de mecanismos profundos del comportamiento humano ya tenía existencia implícita en una importante noción de la criminología de finales del siglo XIX: la noción de *peligrosidad*. Esta perspectiva implica un giro profundo en el derecho penal y significa que el individuo debe ser considerado por la

sociedad *en función de sus virtualidades y no de sus actos*⁶ no en función de las infracciones efectivas a una ley igualmente efectiva sino de las virtualidades de comportamiento que ciertos individuos parecen encarnar (en particular si son marginales, pobres, extranjeros, etcétera). Tal vez existen resabios de estas concepciones jurídicas en los actuales sistemas políticos que, como sabemos, sean estos regímenes democráticos o dictaduras militares, han quebrantado (y lo siguen haciendo) con absoluta impunidad los derechos humanos de aquellos que, considerados "sospechosos", aunque no exista delito imputable alguno, van a parar en el mejor de los casos a las cárceles o de manera más drástica -en lo que llaman situaciones de emergencia o de *guerra sucia*- llenan algunas de las fosas comunes de nuestros países.

La emergencia de esta noción penal condensa diversas líneas de fuerza que convergerán en la institución que Foucault denomina sociedades disciplinarias en oposición a las sociedades estrictamente penales que existían con anterioridad. El sistema penal y la justicia resultan insuficientes para controlar este potencial de desvío de los individuos, surgen así poderes laterales destinados a vigilar esa peligrosidad y corregir las posibilidades de desviación. Acrecentando la capacidad restrictiva y punitiva de la justicia se alinean en esas funciones otro tipo de máquinas de domesticación y corrección de las conductas: la familia y sus tecnologías específicas, la escuela y las instituciones oficiales psicológicas y médicas, el asilo psiquiátrico y los archivos criminológicos, los servicios de inteligencia y en casi todos nuestros países "civilizados" las bandas paramilitares que, a falta de una mejor solución, completan el circuito represivo y/o disuasivo en su máxima extensión.

⁶ Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa, Barcelona, 1981, p.97 y ss.

Pierre Clastres se sorprende en sus *Investigaciones en antropología política*, libro publicado en 1980,¹ de la escasa importancia atribuida a la violencia en la abundante literatura etnográfica de esos años. Advierte también que cuando ésta es insoslayable en ciertas comunidades, las investigaciones, utilizando diversos recursos teóricos y metodológicos del campo, sólo la exhiben para demostrar de qué modo y con qué mecanismos las sociedades primitivas intentaban controlarla, codificarla o ritualizarla. Esa es la tendencia que prevalece, escribe Clastres, tanto en los discursos del naturalismo como en las explicaciones economicistas de algunas corrientes marxistas y en los análisis del intercambio de Levi-Strauss.

La marginación de la violencia como objeto de reflexión es tanto más sorprendente, sostiene, porque implica la negación, por una u otra vía, de su manifestación colectiva más brutal: la guerra. Acontecimiento flagrante registrado en testimonios de conquistadores y subyugados, presente en los monumentos y en las cosmogonías, la guerra, sin embargo, sólo aparece en los cuerpos teóricos cuando existen los medios conceptuales para conjurarla como fenómeno social.

El examen de numerosos informes etnográficos le permite a Clastres demostrar la dimensión específicamente política de la actividad guerrera. La guerra es una dimensión constitutiva de esas sociedades y, más que eso, hace posible sus modalidades de funcionamiento y sobrevivencia. Y en este punto introduce algunas interpretaciones de importancia para comprender el hecho guerrero en su doble faz de realidad efectiva e imaginaria; interpretaciones que probablemente pueden esclarecer algunos aspectos sombríos de las contiendas contemporáneas. Cuando Clastres habla de la violencia y de la guerra no las concibe como hechos puntuales que emergen ante ciertas condiciones y contradicciones específicas -estados de emergencia-; refiere, por el contrario, *la permanencia de su posibilidad*, el estado de guerra permanente como modalidad de defensa de particularismos de grupos, de la identidad de un *nosotros que vertebra la sobrevivencia de la comunidad en su diferencia con el resto de las comunidades. Los otros, y en su extensión los*

¹ Ver en particular el capítulo "Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas", p.181 y ss.

extranjeros representan potencialmente un enemigo, una amenaza para el cuerpo homogéneo de la comunidad. En circunstancias particulares, cuando no hay condiciones para reducir al adversario (y su peligro potencial) se puede intentar convertirlo en un aliado. Finalmente, la guerra como política exterior reposa sobre una política interna profundamente conservadora basada en un sistema de normas y leyes ancestrales que tiende a la preservación, es decir, a impedir el cambio o la división en el grupo.¹

Años antes Elías Canetti, en la lista de intelectuales y escritores que se preguntaban cómo había sido montada la maquinaria de exterminio del fascismo y, sobre todo, cómo una *masa* de millones de ciudadanos alemanes y de otros países habían sido engranajes de ese operativo, escribía *Masa y poder*. Obra extraña a los cánones de las disciplinas sociales y políticas de su época, sin embargo, contiene ideas de extraordinaria lucidez. En lo particular en ese viaje que emprende Canetti hacia los fundamentos de ciertas culturas arcaicas lo que se insinúa es la necesidad de rastrear las determinaciones que subyacen en los reiterados genocidios de nuestras sociedades. No en clave económica ni política, el suyo es un pensamiento en el que el repertorio antropológico y las observaciones de campo alrededor de la violencia establecen conexiones imprevisibles. Solamente voy a considerar algunas de esas líneas de fuga que me conectan con lo que venía diciendo. En la obra citada y una posterior establece una novedosa articulación entre la sobrevivencia y el poder.² Para ello reelabora la noción de *mana* rescatada por la antropología social. El *mana* designa, en los mares del sur, una especie de poder sobrenatural e impersonal que puede pasar de un hombre a otro. En el caso del combatiente es ese poder que adquiere al incorporar el *mana* del enemigo abatido. Desde esa perspectiva, la *batalla* se constituye en esquema de inteligibilidad del poder y de los ordenamientos colectivos. Quien tiene la suerte de vencer en la contienda -el sobreviviente- aumenta su fuerza al expropiar la fuerza del combatiente aniquilado. El sentimiento de invulnerabilidad crece junto con la acumulación de los triunfos. Y crece, también, su imagen ante los demás: ahora es un *héroe*, figura permanente en los relatos de todos los

¹*Ibid.*, p.212.

²*Masa y poder*, Muchnik Editores, Barcelona, 1977 y *La conciencia de las palabras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

pueblos. "Al haber matado al otro", escribe Canetti, "se ha vuelto más fuerte él mismo y el incremento de su *mana lo* capacita para lograr nuevas victorias. La presencia física del enemigo, vivo y después muerto, es imprescindible. Tienen que haber habido necesariamente un comba

te y una muerte: *todo depende del acto específico de matar*".¹⁰

En esta breve narración, se trazan los episodios centrales del enfrentamiento: el hombre que se lanza a combatir, la capacidad de sobrevivencia que se acrecienta con el triunfo y la muerte del adversario, el sentimiento de invulnerabilidad del combatiente triunfador y, finalmente, la construcción imaginaria de la figura del héroe. El itinerario de las victorias concluye con la *pasión por el poder*, el delirio que éste suscita en el combatiente vencedor y la irresistible necesidad de acumularlo y conservarlo. Poder que se acrecienta por las creencias y la devoción que los otros (la comunidad) atribuyen al invencible. El *carisma* en términos weberianos, esa emanación de un poder sobrenatural y misterioso que rodea de contenidos imaginarios al caudillo, al jefe, de tal modo que sus actos portadores de poder se sustentan y amplifican en la obediencia y complicidad de los siervos o dominados.

Héroes devastadores

La historia moderna exhibe infinidad de ilustraciones de este delirio y sus mortíferas consecuencias. Aunque, es preciso reconocerlo, el líder carismático vive un proceso de gradual desaparición en nuestros días. Entre otras cosas, probablemente, porque el extraordinario desarrollo de las máquinas colectivas de explotación y exterminio exigen hoy, desde sus ejecutantes, otras destrezas. Hitler (y sus comparsas de las SS así como buena parte del pueblo alemán) representa(n) la culminación y la posterior decadencia de los proyectos de teatralización permanente, cotidiana, de los actos políticos y guerreros del sistema. En este personaje encontramos características únicas y probablemente irrepetibles en lo que atañe a la dramaturgia pública del poder: la irracionalidad por un lado y la extrema modernidad "científica" por el otro. Desde las emociones corporales nos encontramos con un personaje

¹⁰ *La conciencia de las palabras*, p.40. Las cursivas son mías.

construido a partir de la rigidez manifiesta de sus movimientos en los que la solemnidad y los rituales le permiten mimetizarse con sus ejércitos mientras que sus discursos próximos al aullido son arengas que enardecen a las masas alemanas. Es el jefe. El caudal de recursos teatrales, dramaturgicos, desplegados por los nazis representan momentos que no tienen punto de comparación con otras puestas en escena de los jefes, o líderes políticos, en esta apuesta por seducir, conquistar a las masas. Y junto con estos componentes irracionales del "carisma" nazi, la extrema sofisticación (racional y científica) de sus dispositivos de guerra: tecnologías avanzadas en el diseño de los armamentos, cámaras de gas para la supresión aséptica de millones de individuos, administración planificada y calculada de cada uno de los recursos humanos, experimentos "científicos" -en particular médicos- utilizando para sus fines los cuerpos inermes de los cautivos de guerra.

La grandeza del jefe -y el delirio de grandeza- es el producto, entre otras cosas, de una refinada ritualización de diferentes dimensiones del poder: no hay espacio en el proyecto político que no se utilice para estos fines. En primer lugar, el diseño de una nueva Alemania significa la producción de una *masa* (conglomerado humano más o menos indiferenciado, más o menos indiferente) que habrá de habitarla y perdurar después de la conquista del mundo. Esta prefiguración enloquecida de un futuro de grandeza y "justicia infinita", este delirio que no tiene límites conocidos aparece de manera fulminante -por la potencia de las imágenes- en la película de Leni Riefensthal, "El *triunfo de la voluntad*, hecha por encargo de las oficinas de propaganda nazi para documentar el V Congreso del partido nacionalsocialista en 1933.

En esta película, filmada con extraordinarios recursos técnicos importados de los Estados Unidos y otros recursos que pueden atri

¹¹ Leni Riefensthal es quizás la única mujer con nombre y apellido que aparece en los registros de los nazis, y también en la estima del Führer, aunque no hay que ignorar que muchas mujeres alemanas obedecieron el llamado a organizarse constituyendo todo tipo de comités en épocas de guerra: ver las asociaciones armadas para ocupar lugares secundarios en la lucha, las voluntarias que "asisten" a los prisioneros en los campos de concentración, las organizaciones civiles para mantener a los alemanes despiertos en los puestos de lucha, las asociaciones de madres para procrear diez o más hijos, diez o más soldados para la guerra, las mujeres de los jefes y los jefecillos en sus puestos en la retaguardia de los hogares para seguir procreando los niños arios del próximo exterminio y mantener el mínimo equilibrio emocional y sexual de sus cónyuges, cosa harto difícil como se puede imaginar.

buirse al talento visual de Leni Riefensthal, imbuida ella del sentimiento de grandeza que debía engrandecer, podemos presenciar el despliegue de las masas alemanas en crecimiento. Para ello una escenografía a tono con el delirio: dimensiones arquitectónicas grandiosas próximas a las catedrales góticas, amplias avenidas y plazas que podían albergar el paso y la exhibición de las formaciones armadas con un ritmo y una perfecta, geométrica, alineación de los cuerpos y las armas, tan rígidos estos componentes humanos como los edificios circundantes, tan perfectos en sus movimientos que nadie diría que podían experimentar algún sentimiento. Junto con el desplazamiento de las fuerzas de guerra, la presencia de una multitud dispuesta en estado emocional exasperado a caer en brazos del oficiante supremo, escenas de lágrimas y abrazos convulsivos entre los participantes al oficio. La iluminación extremadamente calculada del filme aumenta la imagen de perfección y de indestructibilidad de las fuerzas de las que emerge en las nubes de su tribuna el jefe lanzando una arenga encendida (que por lo demás, duró en la realidad cinco horas) a las masas para culminar con el rito teatral: las emociones brotan a partir del discurso del Führer que se extiende, y encarna, con una continuidad prolongada, en cada uno de los participantes. Un solo cuerpo (somos uno, somos alemanes, somos arios, blancos e indivisibles, somos invencibles) que amenaza con convertirse (y luego se convertirá) en hoguera. Son momentos en los que estalla la voluptuosidad del poder y su capacidad de irradiación a todos los que quieran compartirlo con el mismo, enloquecido, fervor. Detrás de esa escenografía del poder se está fraguando la carnicería de la segunda guerra mundial.

Hoy probablemente estamos en épocas en que estos infiernos, con esas características dramáticas, ya no pueden reproducirse en los mismos términos porque, entre otras cosas, el desarrollo de las tecnologías y la ciencia experimentan la posibilidad de establecer nuevos contactos con los pueblos y con los enemigos. Por de pronto se han refinado las tecnologías de exterminio para suprimir a los adversarios; la supresión en masa de los indeseables se facilita con tecnologías científicas de punta que favorecen la impersonalidad de la masacre evitando el menor contacto individual -cuerpo a cuerpo- con el enemigo; la gestión burocrática de los operativos permite una acción planificada y racional de los actos de barbarie; en la misma línea de despersonalización de los conflictos despuntan en todos los horizontes de la vida cultural, cotidiana, un conjunto de ideologías legitimadoras que confirman con cier

ta liviandad la bondad de los objetivos propuestos. (Hoy 14 de febrero leo el periódico, nada nuevo, sólo han cambiado las metáforas del paraíso y las necesidades de preservarlo: Bush prepara ataques a todo lo que amenace "la forma de vida" estadounidense.)

Las modernas máquinas de eliminar a los "hombres superfluos", y los dispositivos -políticos, económicos, militares de los que las máquinas de guerra forman parte- exigirán no sólo la producción de individuos especializados en las nuevas tecnologías sino también psicológicamente preparados para este tipo de operaciones. Son los nuevos guerreros de esta historia que estamos viviendo. Por cierto, esta raza de asesinos ya no tiene que ver con la parábola de Canetti sino como extensión abstracta, casi "purificada", y sin duda, poco que ver con las ideas de carisma de Max Weber. Todos estos procesos de "ascensión a los extremos" requieren que los dispositivos produzcan la totalidad de sus engranajes, en este caso a sus practicantes, o para decirlo de otro modo, exigen un cambio de mentalidad en los individuos que actúan en las diferentes contiendas. En relación con los últimos acontecimientos guerreros y con los que vendrán, podría decirse que los nuevos hombres producidos más o menos en serie por las maquinarias despóticas tienen que alcanzar, como imperativo de los nuevos tiempos, un cierto estado de "indiferencia". En una interpretación libre -de mi parte- esto es lo que creo que Hannah Arendt designa como la "*bandización del mal*", cuando trata de calificar y entender el comportamiento de los agentes nazis -en todos los niveles- que impusieron un régimen de terror y destrucción entre sus enemigos, conduciéndolos en procesos de tortura permanente a la extinción o a la desaparición, y casi siempre a la muerte. No son perversos ni sádicos, creo que se sorprende Arendt, son individuos "horrorosamente normales" con una buena conciencia perfecta, que cometen crímenes de una nueva especie. Son incapaces de juzgar, pero se arrojan el derecho de "decidir quién debe y quién no debe habitar este planeta".

En los reportes que Hannah Arendt escribe a propósito del juicio de Adolf Eichmann¹³ en Jerusalén, consigna que lo que más le impre

¹²A propósito de estos asuntos, ver el artículo de Michael Lowy, "Barbarie y modernidad en el siglo XX", Forum Social Mundial, 2001.

¹³ Criminal de guerra nazi secuestrado en Buenos Aires en 1960 (donde se había refugiado) por un comando israelí y posteriormente sometido a juicio y ejecutado en Israel.

siona en todo el proceso es la actitud del personaje: se presenta como un alemán común y corriente, una persona como la que vemos todos los días y, sobre todo, como un ser absolutamente incapaz de distinguir entre el bien y el mal; todo en él son frases de sentido común. No sólo era incapaz de pensar, dice Arendt, sino de pensar desde el punto de vista de los otros."

Podemos hacer una relación con circunstancias más próximas en el tiempo y el espacio: la llamada "guerra sucia" que libraron los militares argentinos y sus sicarios en los años setenta con un resultado de decenas de miles de argentinos torturados y desaparecidos y millones de exiliados. Procedimientos, ya no de "limpieza étnica" sino de "limpieza ideológica", en ambos casos se trataba de barrer con los indeseables. Llevados ante la justicia, durante el reinicio de un gobierno civil, y sometidos a pruebas contundentes en su contra se replegaron con un argumento que, tiempo después, los exculparía: ¿cómo es posible ser culpable por haber respetado las normas de la obediencia que exigen las fuerzas armadas en las que la obediencia es considerada una virtud? Revisado el caso, los tribunales argentinos con la anuencia del gobierno de turno dispuesto a proteger el "honor" de los militares (en este caso asesinos y torturadores confesos) los libraron de culpa y cargo por la ley de lo que desde entonces es llamada obediencia debida.

Si de la declinación de los héroes carismáticos se trata, acaso no es aventurado relacionar el desarrollo de tecnologías bélicas "impersonales" (los nuevos "predator", los aviones teledirigidos, sin tripulación, los misiles, etcétera) con las sofisticaciones crecientes de las tecnologías audiovisuales; en todo caso ambas tienen parecidos propósitos: la desmaterialización de los intercambios sociales y de la sociedad misma. Los líderes de turno ya no convocan a las multitudes en los inmensos espacios abiertos de las ciudades. Ahora, afortunadamente, el espacio público se ha convertido en objeto de reapropiación por las fuerzas de izquierda, o cualquier otra fuerza de resistencia contra el poder. Para los agentes del sistema dominante -los nuevos hombres grises de las burocracias- hay otras vías por las cuales el delirio de grandeza puede

¹⁴ Sobre estos aspectos se pueden consultar de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Lumen, 1967, y de Julia Kristeva, *El genio femenino. 1. Hanna Arendt*, Paidós, Buenos Aires, 2000.

transmutarse en sentido de realidad. Un indicador: evitar la convocatoria y el contacto con las multitudes. No más teatralizaciones, en vivo, para proclamar la justicia infinita y la gloria de los pueblos elegidos, excepto en los laboratorios asépticos de las redes televisivas. Por lo demás, juzgar y evaluar las emociones y la libido popular ya es tarea de los sistemas computarizados y las estadísticas. Bush, por ejemplo, que pertenece por circunstancia histórica y méritos personales a la raza de los hombres grises, lanza la guerra indiscriminada primero contra Afganistán y ahora contra los pueblos vecinos no sin antes consultar a sus ciudadanos. Los devotos de estas contiendas por el exterminio de los pueblos enemigos de los Estados Unidos han dado un veredicto apabullante en las diferentes consultas: una mayoría de alrededor del 80% de la población se ha manifestado a favor de la guerra. Claro, siempre queda la posibilidad de preguntar ¿cuál guerra?: ¿la que comenzó, la que está en puerta, la que seguirá? ¿Qué representa estadísticamente el 80% de la población norteamericana?, ¿el cincuenta por ciento de la población?, ¿menos? ¿Hombres y mujeres en sentido proporcional?, ¿latinos, negros, homosexuales, los sin casa, las buenas conciencias? ¿Qué aclara o encubre esta cifra?

Reinscribir las luchas en los campos sociales y la vida cotidiana

Los hechos y discursos que he citado pueden parecer heterogéneos y, sin duda, lo son. En todos ellos, sin embargo, subyace una perspectiva similar sobre los conflictos y la violencia como principios de gestión de nuestras sociedades. En efecto, el fundamento de toda organización social aparece en estos discursos como el resultado de una pugna en la que el dominio sobre las voluntades ajenas es lo que está en juego. Y, como consecuencia, la idea de que la guerra es una presencia insidiosa, latente, en los campos de la paz de tal modo que los espacios sociales no sólo alientan la posibilidad del conflicto armado sino que en ellos el conflicto se inscribe cotidianamente. Escribía el General Carl von Clausewitz en su célebre tratado *Acerca de la guerra y la conducción de la guerra*, Berlín, 1892:

Decimos, pues, que la guerra no es un arte ni una ciencia, sino que es un acto de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses que no se resuelve sino con efusión de sangre, y que solamente en eso se diferencia de otros conflictos que surgen entre los hombres. Tiene menos que ver con las artes y las ciencias

que con el comercio, que constituye igualmente un conflicto de grandes intereses, pero aun se aproxima mucho más a la política, la que, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio en gran escala, y en la cual se desarrolla como un niño en el seno de su madre, donde todos los elementos se encuentran reunidos en estado latente al igual que las propiedades de los seres vivientes en sus gérmenes.¹⁶

El principio de la guerra, sostiene Clausewitz, es la suma de duelos interpersonales ya latentes en los dominios políticos, y su fin, dominar la voluntad del adversario mediante la violencia física. *"La guerra*

es sólo una parte del intercambio político y en consecuencia no es en absoluto una dimensión independiente."

En esta *ascensión a los extremos* no hay límite para el ejercicio de la violencia, se trata de abatir al enemigo y el único objetivo es el aniquilamiento. El exterminio total, como amenaza efectiva en las maquinarias de destrucción de la era nuclear, se detiene en las guerras convencionales con un aniquilamiento parcial y el triunfo de uno de los contendientes. Se abre así el momento de la *tregua*, es decir, el momento de la política o de los campos ilusorios de la paz, en los que se continúa el enfrentamiento que la guerra dejó pendiente. En esta fase de lo propiamente político como momento de resolución de los conflictos guerreros, la transacción y el sometimiento se realizan *también* sobre los dominios imaginarios: se trata de que el sometido acepte los mismos poderes que lo subyugan y que el fetichismo se implante no sólo por la particular energía que irradia el objeto fetiche sino también, y sobre todo, por la aceptación extendida e intensa de los sujetos y sus redes de servidumbres voluntarias.

Foucault invertirá el apotegma de Clausewitz para concluir que *la política es la prolongación de la guerra por otros medios*. Naturalmente esta inversión se produce a partir de una determinada visión del poder. En primer lugar, el poder tiene un carácter ubicuo: se disemina y ejerce en todos los dominios de la vida social, aún en los microscópicos. Es también un campo de relaciones de fuerza que adopta ciertas formas según los momentos históricos pero cuyo origen es localizable en la guerra. Finalmente, el poder político hace reinar la paz en la sociedad

¹⁶ Lenin, Ancona *et d. Clausewitz en el pensamiento marxista*, Cuadernos de Pasado y Presente 75, Siglo XXI, México, 1979, p.58.

¹⁶*Ibid.*, p.79.

civil pero para reinscribir permanentemente las relaciones de fuerza engendradas por la violencia en las instituciones, las desigualdades económicas, el lenguaje, los cuerpos mismos de los individuos. La *tregua* es para Foucault esta *guerra silenciosa* y el momento político un desplazamiento provisorio de la guerra: "no se escribe la historia sino la historia de esta guerra aun cuando se escribe la historia de la paz y de sus instituciones".

Una inversión "convulsiva", habrían podido decir los surrealistas, de las teorías clásicas del conflicto social. Es descubrir la presencia de la violencia aun en los minúsculos hechos de la vida cotidiana, sistemas regionales de luchas que afectan cada una de las instituciones, sus regimenes de verdad y de saber, así como todas las disciplinas y tecnologías aplicadas a la domesticación de los cuerpos y los deseos. Los individuos así concebidos, marcados por el conjunto de sometimientos, ocupan determinados lugares en el espacio social, son efectos del poder y la opresión y, en esa misma medida, eslabones de los poderes que los oprimen. Pero a la vez embriones de resistencia ante esos poderes, estrategias y tácticas locales de lucha contra el control y las formas disciplinarias. Resistencias, rebeliones, revoluciones han existido a lo largo de la historia, son las fuerzas que han permitido que este planeta no se derrumbe del todo y abran el camino para las que llegarán.

Hacer la topografía de los campos cotidianos de batalla consiste precisamente en reubicar la noción de conflicto y de violencia en cada uno de los segmentos de la vida social. Este es el papel que desempeñan, con tácticas locales de resistencia, múltiples movimientos sociales desde hace décadas. Desde la defensa de la ecología hasta los movimientos por la paz, las luchas parciales contra la globalización como aquellas que defienden orientaciones sexuales fuera de las convenidas o los movimientos feministas que reflexionan y combaten por otra vida y otra asignación para las mujeres en nuestras sociedades. En definitiva, se trata de movimientos que luchan contra la exclusión que los sistemas neoliberales han impuesto sobre la mayoría de la población del planeta, sean estos desempleados, locos o presuntos delincuentes, madres de desaparecidos en la guerra sucia, familias sin casa, macheteros por la defensa de su tierra, piqueteros que dan la batalla por la restitución

¹⁷Michel Foucault, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Espanta, 1978, pp. 135/136.

ción de un trabajo y de un salario que les permita vivir dignamente y un ascendente listado de reivindicaciones particulares que parecen juntarse en un punto común: *Ya basta*.

¿Cómo es posible que "esto" haya ocurrido...?

Quiero recordar una frase que, según parece, pronunció Jorge Luis Borges en una entrevista realizada en los setenta. La oí de labios del personaje principal de una película argentina reciente (*Tango*) y con cierta dificultad la cito de memoria. Decía el poeta según dicen: "El pasado es indestructible. Tarde o temprano regresa. Y lo que siempre regresa es el proyecto de abolir el pasado". (En términos corrientes, "borrón y cuenta nueva".)

Proyecto inútil (¿cómo olvidar el pasado, lo que hace que seamos lo que somos?), pero siempre productivo para los sistemas de dominación. Escribía al comienzo de este ensayo que me ganaba el hastío cuando leía buena parte de la literatura social y cultural de los últimos tiempos, entre otras cosas la pretensión de cancelar la historia y sus contradicciones. El olvido de la violencia -en su manifestación extrema: la guerra- es un mecanismo que se repite en individuos y comunidades. Tal vez porque la violencia es un acto casi cotidiano incorporado a las costumbres, hecho rutinario sin mayor significación. De todas maneras mis preguntas siguen pendientes en esta pendiente de violencia generalizada. ¿En qué eslabones, de qué manera se encarnan en sujetos sujetos a las reglas de la dominación, las formas civilizadas de producir miseria y exclusión, las máquinas de producir marginación y guerra? En términos estructurales podemos analizar las modalidades de explotación y saqueo que se han instaurado de manera paroxística y salvaje en las últimas décadas del capitalismo. En las cúspides del poder -y en el nivel de la historia de acontecimientos también podemos conocer los nombres, profesiones, empresas y proyectos de los que se creen los dueños del mundo (y desafortunadamente lo son ya sea de manera provisoria o más o menos permanente). Son los guerreros por todos conocidos. En la microhistoria se trata de ejércitos invisibles y anónimos que contribuyen cada día a la reproducción de los sistemas existentes, o por el contrario, a su corrosión, cotidiana o intermitente. Entre los dominados algunos revientan en brotes de violencia de todo tipo y naturaleza -como es el caso de los asesinatos seriales de Ciudad Juárez- para expresar que no tienen lugar en este mundo

y prefieren acabar con él y en particular con las especies más débiles, y en casos muy especiales -los de la resistencia al sistema- son los que se movilizan para expresar que están dispuestos a (re)conquistar los espacios que les pertenecen en esta desigual repartición del planeta. Naturalmente, existen innumerables posiciones intermedias entre las que señalo. El contraste que utilizo sólo tiene efectos inmediatos en la prosecución de este trabajo.

"¿Cómo es posible que 'esto' haya sucedido?", es una pregunta que se escucha habitualmente en todos los lugares en los que la gente habla. También en ciertos círculos intelectuales y especializados (sobre todo aquellos que han renegado de la posibilidad de imaginar que "esto" sucedió y puede seguir sucediendo). Se dice a propósito de algún desastre bélico que conmueve a la humanidad o con relación a otro desastre de menores proporciones pero igualmente mortífero. Es común que después de este estado de perplejidad se proceda a borrar las huellas de

lo acontecido. *Aquí no ha pasado nada. Volvamos a empezar.* Es el testimonio de millones de alemanes que dijeron ignorar la existencia de los campos de concentración, la misma masa humana que había sido el público cautivo y cautivado en las grandes ceremonias rituales del Führer en las que nada se dejó de decir. Del mismo modo, millares de argentinos alegaron un total desconocimiento de los operativos de muerte lanzados en las sombras de la noche por comandos militares o paramilitares (mercenarios a sueldo del ejército) contra militantes de oposición o sencillamente críticos al sistema, y que, como todos sabían, iban derecho a los campos de tortura y de muerte. Muchos de esos operativos habían ocurrido al lado de su casa -de la casa de aquellos que alegaban ignorancia-, pero, como se sabe, en la noche todos los gatos son pardos. "Fingir demencia" es la expresión mexicana para aludir a esos estados de exculpación, de inocencia o distancia, ante cualquier hecho de conflicto en términos sociales o personales *¿yo qué tuve que ver?, ¿yo que tengo que ver?* "Hacerse el loco" (o "hacerse el otario" en el habla del lunfardo) dicen popularmente en Argentina para referirse a estos asuntos y ganar por esa extraterritorialidad cómplice un lugar en los cielos.

Creo que eso es a lo que se refería, entre otras cosas, T. W. Adorno cuando hablaba del "fracaso de la cultura" después de concluido el ciclo de atrocidades del nazismo. No sólo por comprobar el horror del exterminio masivo sino también por el horror que le producía advertir, reconocer, el silencio y de algún modo la complicidad de millones de

ciudadanos "inocentes" ante los actos de barbarie. Y, sobre todo, comprobar su radical imposibilidad de pensar y, como consecuencia, de distinguir entre el bien y el mal. "Toda la cultura después de Auschwitz, junto con la crítica contra ella, es basura", escribía Adorno -ya en un total estado de desesperación, puedo suponer- en "Meditaciones sobre la metafísica", texto incluido en *Didáctica negativa*, 1966.

Si considero las referencias que he utilizado a lo largo de este trabajo -más que un ensayo un lugar de citas- para seguir una trayectoria de la violencia (muy arbitraria, por cierto) la casi totalidad pertenece a escritores, sólo dos excepciones la de Hannah Arendt y Leni Riefensthal (figuras que, por lo demás, están en las antípodas del espectro político e ideológico de su época). Los guerreros, y la raza asesina que se dibuja en este paisaje fragmentario, también son de la especie masculina. "La historia la hacen los hombres", idea de origen noble luego convertida en lugar común, me sirve para restituir, a su lugar original, el subterfugio lingüístico que al hablar de hombres incluye en la designación la totalidad de individuos de la especie humana: hombres y mujeres -sin contar todos los que brincan estas clasificaciones: lesbianas, gays, transexuales, transvestidos, transgénicos, bisexuales o cualquier otra designación que pretenda escapar a las clasificaciones convencionales. En este caso la quiero utilizar en su sentido literal: hombres según la biología clásica, se refiere a la especie masculina. En el itinerario de desvíos, desvaríos, desatinos, barbaries de la raza que he tratado de sugerir, los jefes, caudillos carismáticos o no, son de un solo género: capitanes de industria, asesinos a sueldo, jefes y jefecillos de las fuerzas armadas y de los escuadrones clandestinos, sicarios en fin, empresarios del narcotráfico, presidentes y funcionarios de la república, miembros de la corte suprema de justicia, integrantes conspicuos de las jerarquías de la religión católica, incluyendo a su jefe máximo, oficinistas que desprecian a los demás, bandas de marginales que contribuyen desde su miseria a proseguir con la extinción de hombres y mujeres superfluos robando, violando y matando a las especies débiles, ultrajando desde su lugar lleno de humillaciones al resto de la humanidad.`

is No estaría mal leer en relación con el último punto dos novelas que, con cierta sordidez, narran entre patética e irónicamente costumbres de los de abajo en un mundo que, si quisiéramos, podríamos imaginar: *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo y *Entre hambres* de Germán Maggiori.

Desde otro lugar: el de las rebeliones, resistencias y revoluciones no pasa nada diferente en lo que respecta a la composición de género, por lo menos en lo que concierne a los que comandan y organizan las fuerzas de la revuelta en sus diferentes modalidades de presentación. Y esto sin desestimar que en los últimos tiempos ejércitos de mujeres de diferentes clases sociales han salido a las calles para expresar su repudio a diversas formas de opresión. Son presencias, sin embargo, que surgen con lentitud y de manera intermitente en medio de episodios históricos vertiginosos. ¿Y las demás, las que permanecen en las neblinas de sus asuntos y quehaceres cotidianos? ¿Las que contribuyen diariamente no sólo a la reproducción de la especie sino a la reproducción de las ideologías más oscuras y esclavizantes del sistema? ¿Las que todo el tiempo, y son mayoría, declaran su ignorancia de lo que pasa en este mundo, porque, entre otras cosas, no es asunto de mujeres? ¿Las que hacen de su "debilidad" una fuerza para fortalecer el machismo de los machos y su propio lugar en esta tierra? ¿Las que hacen un culto a la resignación y a la sumisión para deslindar responsabilidad no vaya a ser que...?

Leí el texto de Joshua Goldstein, "Guerra y género" que se publica en este número de DEBATE FEMINISTA. Aparte de que no tengo ninguna proximidad con ese tipo de pensamiento y que termino por no entender los objetivos que se propone, me produce, sin embargo, una inquietud que surge de las suyas. ¿Y las mujeres -y aquí sigo con mis términos- son unas blancas palomas en esta historia de destrucción que estamos viviendo? Si Goldstein no supera conclusiones de sentido común después de hacer una investigación y escribir un libro, poco se podría esperar de mis reflexiones pasajeras. Pero hay algo en esta interrogación que tal vez habría que pensar en los tiempos que corren, no en los términos de Goldstein buscando causalidades muy elementales, sino pensando de otra manera la cuestión.

No cabe duda de que los "guerreros", en todos los frentes aunque no sean bélicos en sentido estricto, pertenecen a la especie masculina como sin intentarlo deliberadamente ha surgido en las páginas anteriores. No creo que esa tarea de demostración requiera mucho esfuerzo, entre estas claves del poder hemos nacido y crecido todas las mujeres. Se trata de un hecho irrefutable como que Rambo y Terminator son encarnados por Sylvester Stallone y Arnold Schwarzenegger, ni modo que los actuaran Nicole Kidman y Penélope Cruz. Pero tampoco parece

interesante que las mujeres, para compensar la desigualdad, accedan al puesto de los guerreros y sigan guerreando. O antes que eso, que las guerras invisibles, muchas de ellas con altas cuotas de violencia, que las mujeres libran todos los días sean ignoradas. Pienso, al respecto, que desde el feminismo habría que hacer un profundo trabajo de reflexión crítica acerca de las consecuencias -muchas veces destructivas- de los papeles subordinados que las mujeres han tenido que ocupar en nuestra cultura. Estas consecuencias se reflejan necesariamente en la vida y transformación de las sociedades.

De toda la literatura feminista que he leído a lo largo de muchos años, no creo recordar ninguna intervención que plantee los aspectos sombríos de la condición femenina en un mundo regido por categorías androcéntricas. Probablemente porque en un proyecto de tan incalculables dimensiones como es volver a la superficie la historia de las mujeres, rescatarlas del olvido histórico de siglos, defender sus derechos como ciudadanas y, sobre todo, conducir una lucha sin cuartel contra todas las formas de violencia ejercidas sobre ellas, no cabe espacio, por el momento, para ver e investigar el papel de las mujeres en la reproducción cultural de la especie y con esto digo también de la especie de los guerreros.

Si hago un breve ejercicio de memoria podría sintetizar, y sin duda ser injusta por el ejercicio de simplificación, algunos de los papeles atribuidos a la condición femenina dentro de la inmensa literatura referida al tema: la mujer es *víctima de acosos y atropellos sexuales*, de violaciones y en casos extremos en los pueblos orientales de lapidación, de asesinatos salvajes como los de Ciudad Juárez; la mujer es *objeto* de la mirada masculina que la convierte en pieza intercambiable del deseo sexual, en fetiche erótico en las películas pornográficas o las de circulación comercial, en piropos callejeros que la vuelven a su lugar de objeto deseado, anónimo y acosado; es objeto también de discriminación en diversas instituciones y lugares de trabajo, aparte de ocupar siempre posiciones subalternas. La mujer es antes que nada *la madre*, composición imaginaria que produce buena parte de la devoción ritual de los humanos y todas las servidumbres que tiene que ejercitar para cumplir dignamente su papel. La mujer es *subordinada* en la asignación social de los roles sexuales, productivos e intelectuales.

Podría seguir indefinidamente con esta enumeración de las "abyecciones" (en este caso subordinaciones reiteradas) que una socie

dad "machista" inflige a la fracción débil de la humanidad. Y, sin duda, ésta es parte de las guerras silenciosas que se libran todos los días en las que, por momentos, es difícil distinguir la posición y la responsabilidad de los combatientes, unos y otros ocupando posiciones asignadas para ser, cada cual, en sus respectivas servidumbres, representantes cabales de su especie.

Como creo que éste es un conflicto de proporciones y está en la base de todos los sistemas de dominación, habrá que volver, una y otra vez, a lo que Bordieu en su última época llama la dominación masculina, pero entendiéndola en la perspectiva que él la entiende, como doble esclavitud de los contendientes, puesto que es una situación relacional: la construcción simultánea de la virilidad, con sus atributos que tienden a las proezas y a las conquistas, a la autoglorificación y a la guerra, y la feminidad que se repliega en papeles privados de reproducción y conservación de la especie enalteciendo a la vez la fuerza que la subyuga y en ocasiones la esclaviza. "La socialización diferencial de hombres y mujeres dispone a los hombres a amar los juegos de poder y a las mujeres a amar a los hombres que los juegan",¹⁹ escribe Bordieu.

En este artículo no puedo abordar estas cuestiones aunque creo que son tareas pendientes del feminismo. Por la extrema perseverancia de los comportamientos sexuales (y sociales) de los individuos -hombres y mujeres- que, debemos reconocer, están en plan de cierta segregación en nuestros días, pienso que debemos ampliar la reflexión cultural en estos dominios. No en lo que atañe a la mayoría de las políticas contingentes, sino a la búsqueda de ciertas claves que nos permitan entender la persistencia de las culturas del sometimiento y de las modalidades del poder: en este caso, en un lugar que parece subordinado pero que afecta a la especie humana en su conjunto.

¹⁹Sobre estos aspectos consultar el libro de Pierre Bordieu: *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

²⁰ Hay un artículo que publicó Marta Lamas en *debate feminista*: "Género, diferencia de sexo y diferencia sexual", vol. 20, octubre de 1999, que creo que valdría la pena leer o releer como contribución para pensar en estos asuntos que yo no puedo abordar por el momento en este escrito.